

# El concepto de antiproducción y el problema de la vitalidad del capitalismo

## The Concept of Antiproduction and the Problem of Capitalism's Vitality

ARIEL FAZIO\*

Universidad de Buenos Aires

**RESUMEN.** Siguiendo la hipótesis de Lazzarato, la creciente incidencia de la antiproducción en el aparato productivo llevaría a cuestionar el carácter «progresista» del capitalismo, visión compartida tanto por el liberalismo como por el marxismo cuando asocian la lógica del capital al desarrollo de las fuerzas productivas. Se propone la exploración de esta tesis –el problema de la vitalidad del capitalismo– por medio del desarrollo del concepto de antiproducción, el cual es rastreado a través de sus fuentes –Deleuze y Guattari, Baran y Sweezy– y puesto en relación con el bagaje teórico del propio Marx.

*Palabras clave:* antiproducción; trabajo productivo; trabajo inmaterial; renta inmaterial; capitalismo cognitivo; Marx.

**ABSTRACT.** Following Lazzarato's hypothesis, the increasing incidence of antiproduction in the productive system would lead to questioning the "progressive" character of capitalism, a vision shared by both Liberalism and Marxism when they associate the logic of capital with the development of productive forces. It is proposed the exploration of this thesis—the problem of the vitality of capitalism— through the development of the concept of antiproduction, which is traced through its sources –Deleuze and Guattari, Baran and Sweezy– and related to the theoretical baggage of Marx himself.

*Keywords:* Antiproduction; Productive Labour; Immaterial Labour; Immaterial Rent; Cognitive Capitalism; Marx.

### INTRODUCCIÓN

El problema de la vitalidad del capitalismo remite, también y obviamente, al problema de su muerte. Independientemente de la discusión acerca de si es posible prever con herramientas teóricas el fin del capitalismo, en la historia de

---

\* [arielfazio@filo.uba.ar](mailto:arielfazio@filo.uba.ar) / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-9415-8615>.

las ideas políticas y económicas esta ha sido una reflexión recurrente, al punto que dos de las principales corrientes teóricas –liberalismo y marxismo– han dado respuestas casi categóricas a la cuestión. Si bien, como se verá, ambas comparten la visión de que el avance del capitalismo va de la mano del desarrollo de las fuerzas productivas, derivaron consecuencias opuestas de su perspectiva común: respectivamente, vitalidad y muerte. En efecto: al asociar la libertad industrial como causa de los progresos tecnológicos, el liberalismo pensó al capitalismo como una organización productiva que debería, de manera lineal y en principio indefinida, ampliar la capacidad económica de la sociedad, nutriéndola cada vez más de mejores posibilidades de subsistencia. Desde esta perspectiva, el capitalismo aparecería, si no como el mejor sistema económico posible, al menos como el mejor hasta ahora conocido por la humanidad. Por otra parte, para el marxismo esa misma asociación llevaría a las crisis y –eventualmente– a la muerte del modo de producción capitalista. La búsqueda por ampliar los márgenes de ganancia se sostiene, en la forma específicamente capitalista, a través de la obtención de plusvalía relativa, lo que solo puede lograrse reduciendo el trabajo necesario a través de las mejoras tecnológicas en el proceso de trabajo. Como resultado, se da una tendencia decreciente de la tasa de ganancia que enfrenta a las dos clases fundamentales –capitalistas y trabajadores– en un contexto de cada vez mayor abundancia material donde la riqueza formal es, empero, cada vez más difícil de obtener.

En líneas generales, entonces, abundancia material e incesante ansia de ganancia parecieran ser las dos premisas compartidas tanto por el liberalismo como por el marxismo. Sin embargo, en los albores de los profundos cambios económicos y sociales que comienzan a darse en la década de los '70, algunos teóricos comenzaron a marcar algunos límites que no habían sido previstos. Tal es el caso de Joan Robinson, quien, planteando frente a Keynes la imposibilidad de ampliar el consumo de los bienes estandarizados indefinidamente, cuestiona la mentada asociación al definir que el problema fundamental del capitalismo contemporáneo no es producir, sino vender. Y, en efecto, a lo largo de las cuatro décadas siguientes el posfordismo fue encontrando distintos mecanismos para garantizar la ampliación de los márgenes de ganancia en un contexto abundancia: desde la profusión de servicios y bienes inmateriales hasta el control de los canales de distribución, las estrategias de acumulación comenzaron a centrarse cada vez más en una serie de dispositivos extraeconómicos que, doblándose sobre el aparato productivo, logran imponer una nueva y creciente escasez de carácter aparentemente artificial. La «antiproducción» aparece, pues, como aquello que permitiría garantizar la reproducción del capitalismo, en una forma que se separa tanto de la visión del liberalismo como de la del marxismo, instaurando la posibilidad de una suerte de desigualdad sustentable que chocaría contra sus principios más fundamentales.

## ANTIPRODUCCIÓN

Marx manifiesta explícitamente que cuando se analiza el proceso de producción capitalista en su totalidad el concepto de trabajo productivo debe ampliarse, por una parte, para incluir a toda la serie de trabajadores que cumplen funciones intelectuales como parte de la fuerza de masa y, por otra, restringirse a la producción de plusvalía, que termina por imponer su lógica más allá de la producción material al incluir también a servicios y mercancías inmateriales –como los casos de escritores o cantantes, o maestros de escuela que “además de moldear las cabezas de los niños, moldea su propio trabajo para enriquecer al patrono”.<sup>1</sup> Se reafirma así la definición propiamente capitalista del concepto de trabajo productivo como aquel que produce plusvalía, y con ello la idea de que la producción de valores de uso y el desarrollo de las fuerzas productivas son meros medios para tal fin. Sin embargo, mientras estos medios mantengan su centralidad, o al menos su importancia, dentro del capitalismo –y tal es la apariencia para el capitalismo industrial, al estar organizado en torno a la reproducción de mercancías físicas–, los otros sentidos posibles, aquellos de rai-gambre verdaderamente clásica<sup>2</sup> que disputan la finalidad de la producción económica, deberían fortalecerse conjuntamente con la ganancia del capitalista. En este marco, la dinámica en la que este último se encuentra inmerso es precisamente «contradictoria» porque fortalece dos tendencias en disputa: la acumulación privada, en un extremo, y el tiempo libre, en el otro.

Esto al menos en la perspectiva de Marx, quien, creemos, comparte sus fundamentos con la ortodoxia económica en cuanto ambos entienden que la producción de capital va de la mano del desarrollo de las fuerzas productivas, con el consecuente aumento cuantitativo de las mercancías. En esta lectura, la separación estaría dada en última instancia por la posibilidad o imposibilidad de mantener la dinámica de producción del capital indefinidamente. Posibilidad para la ortodoxia, que ve un continuo elevamiento de las condiciones materiales de la sociedad y –se entiende– de sus individuos, que además potencialmente siempre deberían poder sumarse al juego del capital, presuponiendo la doble

---

<sup>1</sup> Marx, K., *El capital*, Tomo I, México, FCE, 1968, p. 426.

<sup>2</sup> Nos referimos, por ejemplo, a la distinción de Polanyi entre una economía formal definida por la ampliación de la ganancia y una economía material definida por la ampliación de las condiciones materiales para la vida, distinción cuyo origen puede encontrarse en Aristóteles con la separación entre crematística y economía. El acto fundacional de la economía política por parte de la Modernidad desechó intencionalmente los aportes previos, asociados a las condiciones materiales del tiempo libre, tildándolos de poco más que anecdóticos en tanto que propios de un sentido común anterior a la aparición de la economía propiamente capitalista. Cfr. Polanyi, K., *El sustento del hombre*, Madrid, Grijalbo, 1996, pp. 90 y ss. y *Política*, I, 1256b13-1257a1.

garantía de la competencia y de cierta igualdad de oportunidades en el contexto de un mercado que se autorregula. E imposibilidad para el marxismo, que ve una contradicción crítica entre la tendencia a la concentración del capital y la competencia, junto a la necesidad de tener disponible una fuerza de trabajo precarizada en un contexto (he aquí el punto común) de aumento objetivo de las condiciones materiales de producción –aunque, por supuesto, no necesariamente de la sociedad o de sus individuos, que deben pensarse aquí en su condición de clase.<sup>3</sup>

En este marco puede entenderse la afirmación de Joan Robinson de que Marx, sin quererlo, fue uno de los filósofos que más argumentos ha aportado a la pretensión de eficiencia del capitalismo. Pero también, y al mismo tiempo, su vindicación de la predicción de Rosa Luxemburgo de que el capitalismo se encontrará en una situación sin salida cuando ya no pueda expandirse geográficamente. Y es que, en efecto, tal como lo han expresado las distintas crisis de sobreproducción, el principal desafío que genera al capitalismo industrial el desarrollo de las fuerzas productivas es el de cómo canalizar el consecuente aumento de la riqueza material al interior de un sistema regido por una relación fundamentalmente de oposición entre capital y trabajo. Conocida es la respuesta de Keynes:

El día en que la abundancia de capital interfiera con la producción puede aplazarse en la medida en que los millonarios encuentren satisfacción en edificar poderosas mansiones para encerrarse en ellas mientras vivan y pirámides para albergarse después de muertos, o, arrepintiéndose de sus pecados, levanten catedrales y funden monasterios o misiones extranjeras. «Abrir hoyos en el suelo», pagando con ahorros, no aumentará solamente la ocupación, sino el dividendo nacional real de bienes y servicios útiles.<sup>4</sup>

Sin embargo, Joan Robinson plantea con acierto que la productividad siempre creciente de la industria se encuentra con un problema que no se soluciona meramente con un aumento parejo del poder adquisitivo, ya que la producti-

<sup>3</sup> La siguiente observación de Postone puede dar algo más de luz a esta lectura: “Bajo el capitalismo, la riqueza social general producida por los trabajadores no beneficia a todos los miembros de la sociedad, sino que los capitalistas se apropian de ella para sus fines particulares. La crítica del capitalismo desde el punto de vista del trabajo es una crítica en la que las relaciones sociales dominantes (propiedad privada) son criticadas como particularistas desde una posición universalista: lo que es universal y auténticamente social queda constituido por el trabajo, pero las relaciones capitalistas entorpecen su completa realización”, en Postone, M., *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*, Barcelona, Marcial Pons, 2006, p. 17.

<sup>4</sup> Keynes, J. M., *Teoría general de la ocupación y el dinero*, Madrid, FCE, 2009, p. 196.

vidad aumenta en unas líneas limitadas –productos físicos que se prestan a la producción en serie– para las que eventualmente dejaría de encontrarse demanda. Si, entonces, “el principal problema de la empresa privada no es producir, sino vender”,<sup>5</sup> el capitalismo deberá enfrentar el desafío de poder garantizar la realización de la plusvalía, es decir, que siempre exista necesidad de aquello que es producido, lo que en efecto termina logrando con la creación de nuevos servicios que absorben el poder adquisitivo que ya no va a parar a la industria. En otras palabras, debe inventar nuevas maneras de disponer «productivamente» del excedente, esto es, de garantizar la valorización del capital en un contexto de cada vez mayor riqueza material.

Ahora bien, teniendo en cuenta el escenario planteado por el posfordismo, Maurizio Lazzarato va a impulsar una tesis por demás interesante: que el trabajo improductivo –se refiere a los criados de Smith, el ejército, la policía, las clases rentistas, etc.– ha dejado de oponerse a la producción, en el sentido de que ya no la limita ni la frena. Retomando la conceptualización de Deleuze y Guattari en *El Anti Edipo* –quienes a su vez retoman el análisis de las nuevas estrategias de absorción del excedente de Baran y Sweezy en *El capital monopolista*– sostendrá que, en efecto, el capitalismo contemporáneo solo se puede mantener sobre una serie de dispositivos de antiproducción cuya función fundamental va a ser la de “producir la falta donde siempre hay en demasía”.<sup>6</sup> Como respuesta ante la necesidad de hacer frente a la sobreabundancia, la riqueza va a aparecer como “una promesa de felicidad jamás realizada ni realizable”<sup>7</sup> ya que, independientemente del nivel de excedente alcanzado, el sistema estará obligado a producir una carencia continua como condición material para la reproducción de las relaciones de explotación. En este sentido, la antiproducción marcaría una discontinuidad respecto a la definición del capitalismo de “Smith, Marx o Weber”, la cual perdería definitivamente cualquier carácter progresista que pudiera habersele adjudicado:

El siglo XIX, Marx y los marxistas incluidos, aún tenían una concepción «progresista» del capitalismo. El futuro de la humanidad estaba en deuda con el desarrollo de la «producción» y el «productor». En comparación con la renta, el capital tenía un sesgo «revolucionario», que bastaba con desarrollar, con llevar al extremo, para crear las condiciones de otro sistema político y social. La primera

---

<sup>5</sup> Robinson, J., *Contribuciones a la teoría económica moderna*, México, Siglo XXI, 1979, p. 270.

<sup>6</sup> Deleuze, G. y Guattari, F., *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Madrid, Paidós, 1995, p. 243.

<sup>7</sup> Lazzarato, M., *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*, Madrid, Amorrortu, 2013, p. 178.

mitad del siglo XX desmintió ese escenario, y después de la Segunda Guerra Mundial la entrada en una nueva secuencia se reveló evidente.<sup>8</sup>

Por supuesto, la crítica apunta a las distintas interpretaciones economicistas de la dinámica capitalista, sean de la ortodoxia o de la heterodoxia, de acuerdo con las cuales, termine o no encontrando su límite, el capital siempre funciona como un proveedor de abundancia. Y en la base de estas lecturas se encuentra la distinción entre trabajo productivo e improductivo, con todo el carácter performativo que esta distinción supone.<sup>9</sup> Para Lazzarato el capitalismo solo es proveedor de carencia. Y no puede ser otra cosa, al estar regulado por la antiproducción. Sin embargo, vale aclarar que en lo que a Marx refiere la crítica debería matizarse, por una parte, porque ella misma lleva implícita la tensión entre los dos significantes que afectan a la idea de productividad (acumulación o tiempo libre)<sup>10</sup> y, por otra, porque si algo es claro es que Marx nunca presentó al capitalismo desde otro lugar que el de un sistema productor de desigualdad e igualmente dependiente de ella. Ahora bien, dicho esto, al rastrear la construcción del planteo en *El Anti Edipo* se encuentra que su fundamentación sigue siendo la dinámica que impone la plusvalía relativa como motor del capitalismo en términos similares a los de *El capital*:

si es cierto que la innovación sólo es aceptada en tanto que implica un alza de la ganancia por baja de los costos de producción y que existe un volumen de pro-

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 179.

<sup>9</sup> En Smith, la distinción entre trabajo productivo e improductivo sirve de base para jerarquizar la frugalidad frente a la prodigalidad como disposición del capital, siendo el fundamento de la riqueza de las naciones. Marx sigue la definición del trabajo productivo como aquel que produce valor -más precisamente aquel que produce plusvalía-, lo que bajo la lógica del capital va a contener la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas. Cfr. Smith, A., *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 425 y ss. y Marx, K., *El capital, Libro I, Capítulo VI Inédito*, México, Siglo XXI, 2001, p. 77. Véase también: Dobb, M., *Teorías del valor de la distribución desde Adam Smith*, Bs. As., Siglo XXI, 2004, pp. 74-6.

<sup>10</sup> En Marx es posible encontrar a través de la distinción entre trabajo productivo e improductivo las dos tendencias implícitas en el movimiento del capital: acumulación y tiempo disponible (condición de posibilidad del tiempo libre), ambas consecuencias del desarrollo de las fuerzas productivas. En efecto, para Marx el trabajo productivo es aquel que produce plusvalía y la producción de plusvalía conlleva la creación de valores de uso y -en la dinámica del capitalismo industrial- el desarrollo de las fuerzas productivas. Con esto aumenta tanto la riqueza material como la capacidad productiva de la sociedad, requiriéndose cada vez menos tiempo para producir lo mismo. Continuamente, se genera entonces una diferencia que en manos privadas es la base de la acumulación pero que, socializada, sería la base para una emancipación basada en el tiempo libre. Cfr. Marx, K., *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, México, Siglo XXI, p. 222. Véase también: Fazio, A., "La automatización contemporánea y el ideal velado del tiempo libre", en *Nómadas*, n.º 48, Universidad Central de Colombia, 2018.

ducción suficientemente elevado como para justificarla, el corolario que podemos desprender es que la inversión en la innovación nunca basta para realizar o absorber la plusvalía de flujo producida tanto en un lado como en otro.<sup>11</sup>

Y esto porque, obviamente, si la inversión fuera mayor que el aumento de la ganancia por disminución de los costos de producción y aumento del volumen de producción, sencillamente no se justificaría. Lo que lleva precisamente a la necesidad de disponer de alguna manera de la abundancia producida como efecto colateral de la implementación de dicha innovación. Además del consumo y la inversión, entonces, el capitalismo debe encontrar otros medios de absorción del capital: la publicidad, el gobierno civil, el militarismo y el imperialismo, que van a constituirse como los principales medios para garantizar la realización de la plusvalía. La antiproducción es entonces entendida como una instancia extraeconómica que actúa sobre las fuerzas productivas a través de una operación en la que pueden distinguirse dos aspectos: por una parte, inhibir y limitar las fuerzas productivas; por otra, doblarse sobre ellas para apropiárselas.<sup>12</sup>

Es gracias a la antiproducción que el capitalismo puede aparecer como el límite exterior de toda sociedad: como ya había indicado Marx, no tiene él mismo un límite exterior, sino solo un límite interior que es el capital mismo, y del que logra librarse desplazándolo continuamente.<sup>13</sup> Este desplazamiento es resultado de los tres elementos inmanentes a la reproducción ampliada del capital. En primer lugar, el que extrae plusvalía humana –absoluta– a partir de la relación diferencial entre los flujos descodificados de capital y trabajo, que se expande geográficamente del centro a la periferia.<sup>14</sup> En segundo lugar, el que extrae plusvalía maquinaica –relativa– a partir de una axiomática de los flujos de código científico y técnico en los lugares de punta del centro.<sup>15</sup> En tercer lu-

---

<sup>11</sup> Deleuze, G. y Guattari, F., op.cit., p. 242.

<sup>12</sup> Se trata de una instancia extra-económica en tanto que “estos dos aspectos están separados en calidad y temporalidad de la actividad misma de las fuerzas productivas”, en Deleuze, G., “Clase del 7 de marzo de 1972: Diferencia entre Código y Axiomática”, en *Derrames: entre el capitalismo y la esquizofrenia*, Bs. As., Cactus, 2005, p. 126.

<sup>13</sup> Deleuze y Guattari acompañan esta afirmación con la siguiente cita a Marx: “La producción capitalista tiende sin cesar a sobrepasar estos límites que le son inmanentes, pero no lo logra más que empleando medios que, de nuevo y a una escala más imponente, levantan ante ella las mismas barreras. La verdadera barrera de la producción capitalista es el propio capitalismo”, en Marx, K., *El capital, Tomo III*, op.cit., cap. 3, conclusiones y Deleuze, G. y Guattari, F., *El Anti Edipo*, op.cit., p. 242.

<sup>14</sup> Este primer elemento parece referir a la subsunción formal: la ampliación del trabajo productivo a nuevas esferas territoriales. La predicción de Rosa Luxemburgo antes mencionada adquiere sentido en este marco.

gar, el que absorbe ambas formas de la plusvalía de flujo, garantizando su reproducción a través de la inyección continua de la antiproducción en el aparato productivo.<sup>16</sup> De manera que lo que se pone en cuestión es la existencia de un límite para el capital, esa imposibilidad de supervivencia con la que en última instancia se encontraría el sistema como un todo: es decir, el capitalismo encuentra una nueva fuente de sustentabilidad.

En efecto, el aparato de antiproducción pareciera ser el último bastión en lo que a la reproducción del capital se refiere. De hecho, si se toma la separación entre los tres elementos mencionados –extensión de la plusvalía absoluta hacia la periferia, intensificación de la plusvalía relativa desde el centro y absorción de las fuerzas productivas– debería pensarse que la antiproducción juega un rol de suma importancia no solo en la absorción de la abundancia, sino en la expansión del capital del primer elemento –lo que en Marx es la subsunción formal– como en la intensificación del segundo –subsunción real.<sup>17</sup> Y, en

<sup>15</sup> Este segundo elemento parece referir a la subsunción real: el cambio en la composición orgánica del capital, con la ampliación del capital constante por sobre el variable a través de la innovación científico-tecnológica cuya punta de lanza se encuentra principalmente en el complejo militar y en el Estado civil.

<sup>16</sup> Deleuze, G. y Guattari, F., *El Anti Edipo*, op.cit., p. 245. La expansión de la antiproducción en el aparato de producción se da al punto que “ninguna actividad productiva puede ser realizada sin que se disemine en ella su pertenencia a un aparato de antiproducción”, en Deleuze, G., “Clase del 7 de marzo de 1972: Diferencia entre Código y Axiomática”, en *Derrames...*, op.cit., p. 117-8.

<sup>17</sup> El concepto de subsunción –término de origen latino que etimológicamente significa tanto “subordinación” como “inclusión”– es tratado por Marx en el capítulo XIV sobre «Plusvalor absoluto y relativo», pero es especialmente desarrollado en los primeros borradores de su obra cumbre (*Grundrisse*) así como en el no tan conocido *Capítulo VI Inédito*. Marx va a asociar la plusvalía absoluta a la subsunción formal, que refiere al proceso de trabajo como un proceso de explotación del trabajo ajeno en el cual el capitalista se ubica como conductor. La dependencia económica surge por la no posesión de las condiciones objetivas y subjetivas de trabajo (respectivamente, los medios de producción y los medios de subsistencia) que se le enfrentan al trabajador como capital, ya que están monopolizados por el adquirente de la fuerza de trabajo. En este sentido, se denomina «formal» porque se diferencia solo formalmente de los modos de producción anteriores: es la dominación económica –y ya no política– que surge del mercado laboral instaurado en base a los principios de la ciudadanía moderna y que se expresa en el proceso de trabajo capitalista, tal como denunciaba Marx en sus escritos de juventud. Pero aunque la subsunción formal es la condición necesaria de la subsunción real, va a ser esta última la que exprese y defina a la explotación capitalista. La plusvalía relativa supone un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas: desde la cooperación –que permite aprovechar la fuerza social del trabajo– hasta el maquinismo –que permite incorporar la fuerza del trabajo vivo en el capital fijo– su extracción se sostiene sobre la fábrica como paradigma organizacional del trabajo. Solo en este escenario específico puede utilizar los distintos medios técnicos o sociales disponibles para reducir el trabajo necesario y modificar la proporción de este con el trabajo excedente. La subsunción real, que Marx va a asociar a la plusvalía relativa, refiere entonces al proceso

efecto, poniendo entre paréntesis el papel que juega la publicidad, definitivamente no puede pensarse ni la colonización de nuevos territorios ni el desarrollo del complejo científico–tecnológico integrado a la producción sin el papel activo del gobierno civil, el militarismo y, por supuesto, el imperialismo.

Más precisamente, el aparato de antiproducción pareciera garantizar la subsistencia del capitalismo a través de su continua expansión, evitando que el sistema alcance su propio límite, ampliándolo constantemente. O, en otras palabras, no solo se encarga de reproducir la relación entre capital y trabajo evitando que este último pueda adquirir la autonomía necesaria como para independizarse del capital, sino que lo hace fortaleciendo el poder del capital mismo. En este sentido, uno de los aportes del concepto de antiproducción es hacer patente que la tendencia decreciente de la tasa de ganancia no es un verdadero indicio del inevitable fin del capitalismo, que bien podría no tener término.<sup>18</sup> Si bien el segundo elemento –la subsunción real– es hasta aquí el centro indiscutido de la dinámica del capital industrial, la clave para entender la vitalidad vampírica<sup>19</sup> del capitalismo se encontraría más bien en el tercer elemento, en la antiproducción propiamente dicha –como aparato extraeconómico cuya función es canalizar la sobreproducción y vitalizar al capital–, ya que –como sostuvieron Marx y

---

de trabajo dirigido por la máquina que tiende a aumentar o intensificar el rendimiento del trabajo vivo. Pero, a diferencia de la formal, ya no se asienta sobre el trabajador individual, o sobre la simple suma de los trabajadores individuales; por el contrario, su objeto va a ser la fuerza productiva del trabajo como resultado de las condiciones productivas propias del capitalismo. En este sentido, según el cual la totalidad es más que la suma de las partes, el trabajador va a ser un engranaje más de la máquina. La plusvalía relativa “revolucionada desde los cimientos los procesos técnicos del trabajo y las agrupaciones sociales” subsumiendo el trabajo a la rapidez y a la eficiencia de un entramado técnico-social construido a la par del avance del capitalismo. Cfr. Marx, K., *El capital, Libro I, Capítulo VI Inédito*, México, Siglo XXI, 2001, p. 54 y ss. y Marx, K., *El capital, Tomo I*, op.cit., p. 426 y ss.

<sup>18</sup> Podríamos compartir con Michael Heinrich la idea de que el límite del capitalismo del que habla Marx debe entenderse en el sentido de una “estrechez de miras” del modo de producción antes que como su “final en el tiempo”: significa ante todo que “el capital desarrolla las fuerzas productivas en mayor medida que cualquier otro modo de producción anterior, pero este desarrollo está al servicio únicamente de la valorización del capital”, en Heinrich, M., *Crítica de la economía política. Una introducción a El Capital de Marx*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2018, p. 226. Podría afirmarse que la «autocontradicción lógica del capital» marca efectivamente los límites del capitalismo, pero que no es posible derivar de allí su inevitable perecimiento si lo que se tiene en vista es un escenario emancipatorio. La antiproducción, en este sentido, aparece como un mecanismo que provee sustentabilidad a las contradicciones del capital y, por esto mismo, es un indicio de que el capitalismo, en lugar de perecer, tranquilamente podría mutar a un sistema tanto o más injusto.

<sup>19</sup> Es conocida la caracterización de Marx: “El capital es trabajo muerto que no sabe alimentarse, como los vampiros, más que chupando trabajo vivo, y que vive más cuanto más trabajo vivo chupa”, en Marx, K., *El capital, Tomo I*, op.cit., p. 179.

Luxemburgo— los otros dos sí encontrarían límite: el de la expansión territorial para la subsunción formal y el de la composición orgánica del capital para la real. Pero, por el contrario, la antiproducción como contrapeso de la sobreproducción permite que la esfera productiva o propiamente económica se constituya como un sistema abierto, logrando evitar el crecimiento de la entropía derivada del continuo aumento de la riqueza material en el vínculo con una serie de esferas extraeconómicas de carácter claramente político.

El complejo económico—político—militar garantiza la producción de plusvalía en la periferia ampliando el territorio del capital y en el centro movilizándolo el conocimiento y la información, para finalmente absorber gran parte de la plusvalía producida. Esta absorción, además, no es neutral, en el sentido de una mera utilización de los recursos económicos. No solo porque garantiza la realización de la plusvalía —fortaleciendo al capital—, sino porque también asegura la integración de los grupos e individuos al sistema, lo que —en palabras de Deleuze y Guattari— implica un “flujo equivalente de imbecilidad” oportunamente ejemplificado en el científico que se pasa el día investigando bajo una lógica cuasi—empresarial para, de noche, zambullir completamente su cabeza en el televisor.<sup>20</sup>

## REPRODUCCIÓN

Mencionamos ya que el concepto de antiproducción se debe a los aportes de Baran y Sweezy en *El capital monopolista* y, en efecto, su base económica se construye enteramente desde allí, encontrándose en los capítulos V, VI y VII un análisis detallado de las principales formas de absorción del excedente: la estrategia de ventas (categoría más amplia que la publicidad, ya que además incluye otras formas como la obsolescencia programada o la diferenciación de productos), el gobierno civil, el militarismo y el imperialismo. Sin embargo, creemos que la nominalización de estas formas de absorción del excedente en la noción de antiproducción tiene sentido en cuanto permite, por una parte, retomar el aspecto más político de la discusión sobre trabajo productivo e improductivo, fortaleciendo la idea de que el capital es poder<sup>21</sup> y poniendo en el centro del debate qué, cómo, en

<sup>20</sup> A partir de lo cual agregan que “...el científico, el técnico en tanto que tal no tiene ninguna potencia revolucionaria, es el primer agente integrado de la integración, refugio de mala conciencia, destructor *forzoso* de su propia creatividad”, en Deleuze, G. y Guattari, F., *El Anti Edipo*, op.cit., p. 244. A partir de aquí, corresponde subrayar no solo que esta lógica mercantil no es neutral, en el sentido de la intrínseca relación entre la motivación de la producción y el contenido de lo que se produce, sino también que la antiproducción, en tanto que expresión cultural, influye sobre la conducta de los individuos y da forma a la sociedad.

<sup>21</sup> Smith retoma la famosa frase de Hobbes «riqueza es poder» para denotar el hecho de que, en la medida en que el capital se acumula en personas concretas, aquellas que quieran emplearlo en “poner a trabajar a gentes laboriosas” conseguirán literalmente un ejército de trabajado-

función de qué intereses, a costa de qué o quiénes, etc., se utiliza y moldea la potencialidad económica de la sociedad y, por otra parte, avanzar en la identificación de lo que parecen ser nuevas relaciones tanto del trabajo productivo como del improductivo con esta instancia extraeconómica que son los aparatos de antiproducción, evaluando en qué medida se redefine la lógica del capital –al menos tal como fue planteada por Marx– en los ámbitos de la producción y de la circulación de mercancías de la era posindustrial.

El concepto de antiproducción se define como una instancia extra-económica que, actuando sobre las fuerzas productivas en un doble movimiento de limitación y apropiación, tiene como función principal la absorción del excedente. Y es claramente un mecanismo de fuerte carácter político: primero, como dependiente en gran medida del poder y la decisión del Estado y, segundo, como factor eficiente en la supervivencia del capital, que termina sumando una poderosa herramienta para la regulación del contenido de la producción social. Ahora bien, la absorción del excedente puede realizarse tanto a través del trabajo improductivo –lo que implica la canalización del trabajo sobrante, así como la posibilidad de realización de la plusvalía a través del aumento del poder adquisitivo de una parte de la población– como a través del trabajo productivo –lo que, además de las dos funciones anteriores, implica una valorización ulterior del capital–, por lo cual –como función secundaria– la antiproducción puede actuar también como medio para la ampliación de la plusvalía. En ambos casos, la antiproducción es el garante de que la acumulación siempre pueda prevalecer sobre el tiempo libre, canalizando el trabajo sobrante para que no pueda traducirse en condición material de la no-producción y posibilitando la realización de la plusvalía a través de la ampliación del consumo.

Dado que contemporáneamente el principal problema de la empresa capitalista no es producir sino vender, la identidad del aparato de antiproducción deberá ser fundamentalmente destructiva. El capital necesita hacer frente a la sobreabundancia de recursos; para continuar su lógica de apropiación y evitar la autonomía del trabajo, debe canalizar de alguna manera esa sobreabundancia (material) que atenta contra la reproducción de la relación entre capital y trabajo y, de ahí, contra su propia existencia. Una muestra patente y especialmente notoria es el aparente desperdicio económico en armamentos que, en realidad, resulta un método muy efectivo para mantener una peculiar «prosperidad», ya que –como afirma Robinson– “si no hubiera necesidad de armamentos sería ne-

---

res, en Smith, A., *La riqueza de las naciones*, op.cit., p. 65. Y, a su vez, es posible reafirmar desde Marx -quien retoma la referencia- la idea de que el capital es poder, poder de compra, en última instancia poder de compra de tiempo o, lo que a fines prácticos es lo mismo, de vida. En este sentido, el capital debe entenderse como aquello que organiza, estructura y permite disponer del hacer social.

cesario realizar inversiones útiles y así apoderarse de la fuerza e independencia de los capitalistas”.<sup>22</sup> Pero este carácter destructivo no se reduce al militarismo, sino que es propio de toda estrategia antiprodutiva, incluyendo a buena parte de los nuevos servicios y mercancías inmateriales:

Mientras el crecimiento del sector de servicios ha compensado en parte los efectos destructivos del empleo de técnicas modernas, este y los cambios relacionados con él han agregado una nueva dimensión a la deshumanización del proceso de trabajo bajo el capitalismo: (...) una gran parte, y cada vez mayor, del producto de la sociedad capitalista monopolista es, de acuerdo con las necesidades humanas genuinas, innecesaria, antieconómica y absolutamente destructiva.<sup>23</sup>

Y, en efecto, el capitalismo tardío muestra cada vez más patentemente la disociación *ipso facto* entre rentabilidad y productividad o, más fundamentalmente, entre acumulación y tiempo libre. Desde el exterior de la esfera económica la antiproducción crea las condiciones materiales para la continuidad de la valorización del capital, esto es, procura mantener en incesante movimiento la necesidad de seguir produciendo, lo que solo puede lograr redirigiendo los objetivos de la sociedad hacia los de la empresa capitalista. Se ha dicho que en el posfordismo la marca se vuelve productiva,<sup>24</sup> al igual que una serie de trabajos inmateriales que, en la definición de Marx, se vuelven productores de capital. Sin embargo, la marca requiere una serie de instancias antiprodutivas para volverse ella misma productiva: la publicidad, por supuesto, y también determinadas formas de neo-imperialismo como lo son el control de los canales de distribución y comunicación o el del aparato productivo mismo, por ejemplo, a través de su desregulación y de la limitación de los derechos laborales.

La industria de la moda es uno entre varios ejemplos posibles, pero particularmente ilustrativo. En el excelente documental *The True Cost* (2014)<sup>25</sup> se muestra muy claramente cómo se dio la adaptación de esta industria a las condiciones del capitalismo contemporáneo: por una parte, inaugurando el “*fast fashion*” como nueva lógica de consumo en los países centrales —que ofrece cincuenta y dos

<sup>22</sup> Robinson, J., op.cit., p. 98.

<sup>23</sup> Baran, P. y Sweezy, P., *El capital monopolista*, México, Siglo XXI, 1976, p. 272.

<sup>24</sup> El trabajo inmaterial, en efecto, provee a la mercancía de un valor que es inimitable y que no tiene equivalente: en palabras de André Gorz, un «valor simbólico» sobre el cual se van a sostener sus posibilidades de colocación en el mercado de consumo. Con el menor impacto de la productividad en la formación de los precios, el prestigio de la empresa, así como las capacidades sociales y cognoscitivas de los trabajadores, van a ocupar su lugar al ser la raíz de una dimensión cuasi-artística de los bienes que se presenta como nueva y fundamental fuente de rentabilidad. Cfr. Gorz, André, *The immaterial*, Calcutta, Seagull, 2010 p. 70 y ss.

<sup>25</sup> Escrito y dirigido por Andrew Morgan.

temporadas contra las cuatro tradicionales de verano, otoño, invierno, primavera, junto a un consumo casi descartable de las prendas— y, por otra, tercerizando la producción material en la periferia, a la que se le imponen condiciones de producción propias del siglo XIX —jornadas laborales de 12 o más horas, altísima precarización laboral, ambiente de trabajo tan peligroso como insalubre, etc. Pero estas condiciones, que permitieron una multiplicación exponencial de la rentabilidad del capital para la industria de la moda, solo se pudieron imponer a través de mecanismos propios de los aparatos de antiproducción: la lógica del “*fast fashion*” requiere la afectación de la subjetividad a través de la publicidad y del control de los medios de comunicación, al tiempo que supone una obsolescencia propia de la sociedad del hiperconsumo, y el oligopsonio que explica las pésimas condiciones materiales de producción periférica —así como los bajísimos costos que tienen las prendas para los jefes de la industria— es resultado tanto del control de los canales de distribución como de las relaciones desiguales en el comercio internacional —políticas de desregulación económica impuestas desde los países centrales en favor de los intereses de sus propias corporaciones.

La función de absorción del excedente de la antiproducción se puede ejecutar a través del trabajo improductivo, lo que supone una canalización de dicho excedente a través de distintos tipos de trabajos útiles (pero no directamente «rentables») y la realización de la plusvalía a través del consumo de estos trabajadores improductivos. Pero también se puede ejecutar a través del trabajo productivo —como sucede con la industria de la moda—, garantizando la realización de la plusvalía a través de la creación de nuevas mercancías y nuevas necesidades que, al mismo tiempo, valorizan el capital. De esta manera, podría afirmarse que la publicidad es un trabajo productivo que produce plusvalía al alimentar la fuerza simbólica de la marca o de determinada mercancía, lo que permite la generación de una «renta diferencial» que parece funcionar a la manera de la renta diferencial que Marx describe para la tierra o para la innovación en la producción de plusvalía relativa:

La simple renta diferencial —que no obedece al hecho de que se invierta capital *on land instead of any other field of employment* [en tierra en lugar de cualquier otra rama productiva]— no ofrece, teóricamente, ninguna dificultad. No es sino la *surplus profit* [ganancia adicional] que logra también en toda rama industrial de producción cualquier capital que trabaje en condiciones superiores a las *average conditions* [condiciones medias de producción]. Lo que ocurre es que se plasma en la agricultura, por tener aquí una base tan sólida y (relativamente) firme como son los *different degrees of natural fertility* [diferentes grados de fertilidad natural] de las diversas clases de tierras.<sup>26</sup>

---

<sup>26</sup> Marx, K., “Carta a Engels del 2 de agosto de 1862”, en *El capital, Tomo III, op.cit.*, p. 828.

La renta absoluta es independiente de las diversas clases de tierra, y es por esto que Marx afirma que Ricardo se equivoca al igualar los valores con los precios de producción (es decir, los que se denominan precios naturales en Smith o precios de costo en Ricardo). Solo se paga renta absoluta donde existe propiedad de la tierra: el derecho de propiedad le permite al terrateniente interponerse entre el arrendatario y el consumidor y embolsarse la diferencia entre el valor y el precio de costo. La renta diferencial, por su parte, depende de la calidad de un factor natural, los distintos grados de fertilidad del suelo, lo que les permite a los poseedores de las mejores tierras ampliar esa diferencia entre el valor y el precio de costo. Que es exactamente lo mismo que sucede con la plusvalía relativa producto de la innovación, con la diferencia de que es una aplicación del trabajo social de la ciencia y la técnica en lugar de la naturaleza aquello que posibilita la renta extraordinaria en relación con las condiciones medias de producción en esa rama de producción particular.

La renta inmaterial de las nuevas formas inmateriales del trabajo productivo, pareciera compartir la misma estructura, tanto en términos de una renta absoluta por los derechos de propiedad intelectual como de una renta diferencial por producir en las mejores condiciones. Pero aparece una característica específica: la posibilidad de obtención de renta –absoluta o diferencial– parece ante todo dada por la capacidad de las estrategias antiproductivas para garantizar las condiciones formales de los derechos de propiedad que dependen de verdaderos ejércitos de científicos, técnicos... y abogados, al igual que la posibilidad de diferenciación del producto que depende igualmente de científicos, técnicos... además de publicistas y lobbistas. En este marco, el problema de la realización de la plusvalía va a hacer que la obtención de renta diferencial tenga mucho que ver con estrategias centradas en la circulación, las cuales procurarán afectar al consumo con el objetivo de crear y ampliar una demanda cautiva para el producto diferenciado (calidad que por supuesto contribuye a aquello).

Retomando el caso de la industria de la moda: el poder de la marca depende claramente de la capacidad para afectar al consumidor; sea a través de estrategias publicitarias, de obsolescencia programada o de control de los canales de distribución, de lo que se trata es de poder vender –antes que producir– en las mejores condiciones. Lo que se logra tanto a costa de los productores que ocupan los últimos escalones de la cadena de valor que para mantener a sus clientes –las marcas que monopolizan la distribución de las prendas– deben disminuir sus costos en detrimento de las condiciones laborales, como de los consumidores que terminan comprando mucho más de lo que necesitan de una determinada rama productiva. Y, en efecto, los precios de la industria de la moda han sido objeto de una disminución ininterrumpida en las últimas décadas, aun-

que su consumo aumentó exponencialmente en términos absolutos. Y esto –vale aclarar– al mismo tiempo que los precios de otras necesidades importantes como lo son la vivienda, la educación o la salud han estado, en países como Estados Unidos, muy por encima de las posibilidades de consumo de la gran mayoría de la población.

Ahora bien, el poder «vender en las mejores condiciones» permite modificar en tamaño a la renta diferencial y explica que la tendencia a la acumulación a través de la renta inmaterial pueda verse como una de las características más notorias de la explotación contemporánea. La importancia que adquiere la circulación, que para la producción de productos estandarizados ocupa un lugar secundario en lo que hace al interés del capitalista por incrementar de la tasa de ganancia, puede entenderse cuando se tiene en cuenta que, en el marco de la reproducción ampliada, los capitalistas como clase ganan exactamente tanto como invierten o consumen:

La conclusión según la cual el incremento en el consumo de los capitalistas incrementa a su vez sus beneficios contradice la convicción común de que cuanto más se consume menos se ahorra. Este enfoque, que es correcto con respecto a un solo capitalista, no se aplica a la clase capitalista como un todo. Si algunos capitalistas ganan dinero, sea en bienes de inversión o de consumo, su dinero pasa a otros capitalistas bajo la forma de beneficios. La inversión o el consumo de algunos capitalistas crean beneficios para otros. Como clase, ganan exactamente tanto como invierten o consumen, y si –en un sistema cerrado– cesaran de construir o de consumir no podrían hacer dinero de ninguna forma.<sup>27</sup>

Cuando se piensa en términos de la reproducción ampliada y se considera al capitalista no como individuo sino como clase, se hace patente que toda inversión y todo consumo termina siendo, de manera inevitable, fuente de su propio beneficio. De lo cual se extrae que la capacidad de una determinada rama industrial para ampliar su propio consumo –como lo es la de la moda– puede entenderse como una estrategia de acumulación que se da a costa del resto de las ramas productivas, especialmente aquellas limitadas a la producción de plusvalía relativa o absoluta. O, en otras palabras, implica una acaparación en términos diferenciales de los recursos económicos destinados al consumo. Pero no toda rama productiva tiene esta posibilidad ya que si bien toda producción supone una demanda, solo algunas industrias pueden afectarla a conciencia. Esta es una de las características que marcan la importancia de la producción in-

---

<sup>27</sup> Kalecki, M., *Studies in the Theory of Business Cycles 1933-1938*, Varsovia y Oxford, 1966, pp. 10-11, citado en Dobb, M., *Teorías del valor de la distribución desde Adam Smith*, Bs. As., Siglo XXI, 2004, p. 245.

material de la era posindustrial: la aparición de nuevas industrias —o la actualización de algunas previas— con la posibilidad de incidir sobre la esfera de la circulación, afectando la demanda efectiva a través de diversos mecanismos —productivos o antiproductivos— de fuerte carácter simbólico y cultural.

Como ya mencionamos, el escenario que inaugura el capitalismo posindustrial no es en sus fundamentos económicos distinto al descrito por Baran y Sweezy para el capital monopolista. La renta inmaterial es una ganancia extraordinaria que es resultado de una exclusión, sea en términos de una innovación técnica en el proceso —renta extraordinaria— o de un nuevo producto diferenciado —renta diferencial—, en ambos casos el valor total producido por la fuerza de trabajo social no aumenta y, por lo tanto, la ganancia extraordinaria “tiene el carácter de una transferencia de valores procedentes del ingreso de otros miembros de la sociedad”.<sup>28</sup> Y el origen de esta transferencia puede provenir o bien de una deducción de los salarios de la clase obrera, o bien de una deducción de la plusvalía de otros capitalistas. La renta inmaterial supondría pues una doble transferencia: en la base, aquella que va del trabajo al capital, y sobre ella la que va del capital industrial al capital diferenciado.<sup>29</sup> En este sentido, implica una redistribución de los recursos económicos de la sociedad que, por una parte, relega su producción científica y cultural a los capitalistas y, por otra, construye una nueva jerarquización entre ellos.

Dicho de manera sencilla: al tiempo que la creación intelectual se mercantiliza y, por ende, pasa a organizarse bajo la lógica del capital, se crean las condiciones para la formación de una nueva pirámide económica, en cuya cúspide se encontrarán aquellos capitales capaces de extraer renta inmaterial. En términos de la distinción que Hardt y Negri toman de la escuela de la regulación entre sector primario —agropecuario—, secundario —industrial— y terciario —bienes y servicios inmateriales—,<sup>30</sup> el primario se encontraría en la base, el secundario en el centro y el terciario en la cúspide; si, por la incidencia del aparato de antiproducción, la tendencia del trabajo excedente es la de “ir hacia arriba”, entonces sería el tercer sector el que en definitiva terminaría absorbiendo la abundancia producida por el sistema productivo.<sup>31</sup> Lo que —teniendo en cuenta

<sup>28</sup> Sweezy, P., *Teoría del desarrollo capitalista*, México, FCE, 1969, p. 299.

<sup>29</sup> Esto no significa que la renta inmaterial no pueda tener una base industrial, como lo ejemplifica la industria de la moda o la industria petrolera.

<sup>30</sup> Hardt, M. y Negri, A., *Imperio*, Bs. As., Paidós, 2002, pp. 249-256.

<sup>31</sup> Lo que podría ser una advertencia para las teorías del desarrollo económico, incluida la teoría de la dependencia, ya que si la tendencia a la concentración de la producción mercantil de la ciencia y la cultura de los países del centro se profundiza, la obvia consecuencia será que el excedente producido por un posible desarrollo industrial de la periferia terminará siendo absorbido de la misma manera en que el sector industrial absorbía los excedentes producidos por

la afirmación de que el capital es poder— también significa que en buena medida será allí donde se definirán los objetivos y las formas de aquello que la humanidad *hace*.

### CONSIDERACIONES FINALES

Ahora bien, en este contexto se pone en cuestión la «eficiencia» de toda la producción económica, en principio porque el creciente tamaño del aparato de antiproducción supone un monto enorme de costos cuya única función es la reproducción del sistema capitalista, pero también y fundamentalmente porque la tendencia estructural no es hacia el tiempo libre o siquiera hacia el bienestar general de la sociedad, sino hacia la acumulación y el poder de una pequeña elite de ella. Lo que a su vez va de la mano de una serie de efectos que redefinen el problema de la vitalidad del capitalismo, lo que exigiría cuanto menos replantear las definiciones clásicas acerca de su naturaleza. Por una parte, frente a la eventual crisis de ciertas lecturas marxistas, el aparato antiproduutivo aparece como un nuevo elemento de estabilidad que impide encontrar un límite claro para las contradicciones de la acumulación. Por otra parte, este mismo elemento echa por tierra la visión «progresista» de la ortodoxia liberal, precisamente porque la estabilidad se constituye a través de la ampliación de gastos que no solo son innecesarios, sino que atentan contra la productividad propiamente económica al mismo tiempo que amplían los márgenes de desigualdad. En otras palabras, el aparato antiproduutivo se constituye como un elemento de estabilidad no solo manteniendo sino profundizando la lógica de acumulación del capital.

Y desde aquí se abren distintas líneas problemáticas para la teoría política. En primer lugar, parece necesario explicitar la importancia del trabajo inmaterial así como discutir el rol que está adquiriendo en las sociedades contemporáneas. Esto, ante todo, porque los derechos de propiedad intelectual aparecen, en su forma privativa, como condición necesaria de los mecanismos de antiproducción. Pero también porque con los avances tecnológicos es hacia las formas de trabajo inmaterial donde deberá dirigirse la capacidad productiva de la humanidad. Esto se traduce, como vaticinara Joan Robinson, en la invención y creación de nuevas actividades para el tiempo disponible, lo que pone en discusión tanto la forma (¿deberían adquirir la forma del trabajo asalariado, o debería darse pie a alternativas?) como el contenido (¿debería producirse ciencia,

---

el sector agropecuario en el siglo XX. Así, un proyecto emancipador de la periferia que esté vinculado con la industrialización no tendrá otra posibilidad para ser exitoso que buscar una alternativa para el tercer sector de la producción económica.

cultura, burocracia, defensa o, simplemente, servicios para aquella parte de la población dinerariamente aventajada?).<sup>32</sup>

En segundo lugar, aparece la necesidad de repensar el concepto de trabajo productivo ya que, más allá de los límites que puede encontrar como categoría económica, aún tiene –en la línea de Baran y Sweezy– un fuerte componente performativo al dar lugar a la distinción entre el trabajo necesario para los fines de la producción económica y aquel que podría no serlo. Redefinirlo en términos éticos, en efecto, permitiría incorporar la discusión fundamental sobre los objetivos de la producción económica, que es al fin de cuentas aquello que condiciona y tiende a conducir lo que la humanidad hace con su tiempo.

Por último, ambas líneas parecen ir de la mano con una tarea urgente: la de quebrar la legitimidad «productivista» del capitalismo, con su progresismo asociado, tanto en términos de la ampliación de la riqueza material como de la consecuente disminución de la desigualdad distributiva. Si el capitalismo está logrando una nueva sustentabilidad, debe quedar claro que es a costa de esos efectos técnico-productivos positivos que en algún momento lo legitimaron éticamente como modo de producción. Desde aquí sería factible abrir, eventualmente, un margen para pensar formas alternativas de organización de la producción-distribución, como formas libres de propiedad para el trabajo inmaterial, ingresos universales como la renta básica o distintos tipos de limitaciones políticas para la acumulación.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles, *Política*, Barcelona, Gredos, 2000, trad. Manuela García Valdés.
- Baran, P. y Sweezy, P., *El capital monopolista*, México, Siglo XXI, 1976.
- Deleuze, G., *Derrames: entre el capitalismo y la esquizofrenia*, Bs. As., Cactus, 2005.
- Deleuze, G. y Guattari, F., *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Madrid, Paidós, 1995.
- Dobb, M., *Teorías del valor de la distribución desde Adam Smith*, Bs. As., Siglo XXI, 2004.
- Fazio, A., “La automatización contemporánea y el ideal velado del tiempo libre”, en *Nómadas*, n.º 48, Universidad Central de Colombia, 2018.
- Gorz, A., *The immaterial*, Calcutta, Seagul, 2010.

---

<sup>32</sup> Frente a cuestiones como estas, la cuota de estupidez a la que debe apelar el científico mercantilizado que anoticiaron Deleuze y Guattari debería ser más que una llamada de atención, por ejemplo, frente a la pregunta de cuánto se está perdiendo cuando no es la sorpresa frente al mundo, al cielo o a la vida, sino la necesidad de ascenso mercantil lo que moviliza a las voluntades científicas o artísticas.

- Hardt, M. y Negri, A., *Imperio*, Bs. As., Paidós, 2002.
- Heinrich, M., *Crítica de la economía política. Una introducción a El Capital de Marx*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2018.
- Kalecki, M., *Studies in the Theory of Business Cycles 1933–1938*, Varsovia y Oxford, 1966, pp. 10–11, citado en DOBB, M., *Teorías del valor de la distribución desde Adam Smith*, Bs. As., Siglo XXI, 2004.
- Keynes, J. M., *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Madrid, FCE, 2009.
- Lazzarato, M., *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*, Madrid, Amorrortu, 2013.
- Marx, K., *El capital, Tomo I*, México, FCE, 1968.
- Marx, K., *El capital, Tomo III*, México, FCE, 1968.
- Marx, K., *El capital, Libro I, Capítulo VI Inédito*, México, Siglo XXI, 2001.
- Marx, K., *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, México, Siglo XXI, 2009.
- Polanyi, K., *El sustento del hombre*, Madrid, Grijalbo, 1996.
- Postone, M., *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*, Barcelona, Marcial Pons, 2006.
- Robinson, J., *Contribuciones a la teoría económica moderna*, México, Siglo XXI, 1979.
- Smith, Adam, *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza, 1996.
- Sweezy, P., *Teoría del desarrollo capitalista*, México, FCE, 1969.

